

FERNANDO HIDALGO NISTRI. *LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN*.  
QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR  
/ CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2013, 311 pp.

La República del Sagrado Corazón, del historiador ecuatoriano Fernando Hidalgo es un erudito y original estudio del *ethos* y el discurso de los conservadores en Ecuador entre, aproximadamente, 1875 y 1950. Tomando como *leitmotiv* la devoción de la República del Sagrado Corazón de Jesús (p. 20) analiza las visiones conservadoras del orden sociopolítico, de la historia y de la teología política en Ecuador. No se trata, como admite Hidalgo, de una historia del Partido Conservador (p. 25) o de la política clerical, sino de un inventario de las ideas conservadoras.

Como bien señala el autor en las primeras páginas, el conservadurismo, sea como pensamiento o como organización política, ha sido poco estudiado por la historiografía ecuatoriana (p. 14). Si bien el régimen de García Moreno ha resultado ineludible para los historiadores, la trayectoria posgarciana del conservadurismo ha recibido escasa atención. Hidalgo menciona como antecedente a su proyecto el estudio clásico de los franceses Marie-Danielle Demélas e Yves Saint-Geours, titulado *Jerusalén y Babilonia* (p. 14), que reflexiona sobre la recurrencia de este motivo escatológico en la política ecuatoriana. Aunque Hidalgo no explica la virtual ausencia del conservadurismo en la historiografía ecuatoriana, sin duda tiene que ver con la hegemonía que ha ejercido el liberalismo, y una izquierda que se reclama heredera del liberalismo, en la escritura de la historia en la postguerra en Ecuador.

Hidalgo define a los pensadores conservadores como “cordícolas” (p. 234), es decir, exponentes de un orden sociopolítico sacralizado abocado al Sagrado Corazón de Jesús. Esta definición es fructífera en cuanto apunta a la persistencia de la teología política en el pensamiento conservador, pero opaca la diversidad del pensamiento conservador y las vertientes pragmáticas del mismo. Por ejemplo, no era lo mismo la figura de Cristo-Rey asociada al catolicismo social de Acción Católica en los años 20 que la noción de república católica de los restauradores de 1883 relacionada con el Concordato.

¿Qué tipo de historia intelectual hace Fernando Hidalgo en este innovador libro? El autor se centra en el *ethos* conservador (p. 14), consistente en los valores o hábitos de pensamiento de esta corriente. Estos incluyen la jerarquía (p. 38), el organicismo (p. 37) y la escatología (p. 195). La estructura profunda del *ethos* jalona los discursos explícitos y está latente aun en las apropiaciones conservadoras de matrices de pensamiento modernas como el positivismo. Al optar por el concepto de *ethos*, Hidalgo rechaza implícitamente otras opciones teórico-metodológicas, como la historia conceptual o

la historia de los lenguajes políticos. Hubiera sido interesante que Hidalgo justificara su elección mediante diálogo con estas corrientes que hoy día dominan el campo de historia intelectual tanto en la metrópoli como en América Latina.

El deseo de Hidalgo de explorar los recesos más profundos de la mentalidad conservadora le conduce a vincular el conservadurismo a un inconsciente barroco (p. 13). Ello recuerda a la tesis de Bolívar Echeverría, que plantea una suerte de sustrato barroco que sigue operando entre las élites latinoamericanas después de la Independencia. No obstante, Hidalgo no menciona a Echeverría y socava el nexo que el mismo establece entre barroco y conservadurismo al señalar la fuerza que tuvieron las críticas jansenistas y neo-clásicas al barroco en el siglo de las luces en Quito (pp. 200-205). Incluso la recristianización de García Moreno se hizo en contra de la religiosidad popular barroca y no como una revitalización de la misma.

Aunque el hilo conductor del Sagrado Corazón de Jesús tiende a opacar la heterogeneidad del pensamiento conservador, Hidalgo no deja de proponer una periodización (pp. 30-36). Afirma que el conservadurismo tomó forma en la década de 1850 bajo el auspicio de los jesuitas que regresaban de su expulsión (p. 30) y que poco después cobró fuerza con el régimen de García Moreno. Posteriormente, hubo una escisión en la que una parte del conservadurismo plegó al progresismo, mientras otros como Juan León Mera, Camilo Ponce y Pedro Schumacher se mantuvieron en el bando "terrorista" (p. 33). Hidalgo no especula sobre los orígenes de la denominación *sui generis* en América Latina de terrorista, un mote que los liberales ecuatorianos endilgaron a los conservadores, pero parece haber originado en la afirmación de García Moreno de que para gobernar exitosamente debía recurrir a "una firmeza que inspire terror". Un nuevo momento del conservadurismo, el que le interesa realmente a Hidalgo, se inicia a partir de 1895 (p. 36).

Los progresistas fueron desalojados del poder y esto permitió, como indica Hidalgo, un *aggiornamento* o reagrupación y renovación del bando conservador (p. 35). La convención conservadora de Cuenca de 1918 y luego la Asamblea conservadora de 1925 marcaron hitos en este proceso. Hidalgo explica, de manera muy hábil, cómo en este tercer momento los conservadores dejaron de lado la disputa Estado-Iglesia y se centraron en la forma de construir una sociedad moderna armónica y dotada de una sociedad civil activa. Influidos por el positivismo y el catolicismo social, buscaron convertirse en una tercera vía frente a un liberalismo en crisis y un socialismo percibido como disolvente (pp. 36-37).

Como sugiere Hidalgo, esta periodización tiene dimensiones transnacionales (p. 17), pero la historia conectada no es parte de su proyecto. Hubiera sido interesante relacionar las tres fases del conservadurismo respec-

tivamente a los papados de Pío Nono, León XIII y Pío XI en un contexto de romanización de la Iglesia.

Los contenidos más interesantes del libro de Hidalgo conciernen la mezcla de positivismo y catolicismo social que primó en la primera mitad del siglo XX. El libro muestra cómo pensadores de la talla de Jijón y Caamaño, Julio Tobar Donoso y Remigio Crespo Toral criticaron el individualismo y el pluralismo del paradigma liberal como también la lucha de clases marxista. Como alternativa al pluralismo, propusieron un gobierno de unidad nacional compuesto de expertos (p. 93), así como frente a la lucha social plantearon un modelo corporativista basado en lazos paternos que unieran a la élite industrial con los obreros (p. 93). Como menciona Hidalgo, este modelo no era una mera utopía sino que se empezó a construir desde la sociedad civil mediante la corriente de Acción Católica.

Al concentrarse en las ideas conservadoras en lugar del debate político, Hidalgo no se percata de cuán sintonizado estaba el pensamiento conservador con las corrientes post-liberales de la interguerra. Los programas de los conservadores, socialistas y populistas convergieron en una mezcla de tecnocracia, corporativismo e industrialización. No se trataba, como cree la historiografía liberal o liberal-marxista, de una profundización de la Revolución Liberal, sino de una contracorriente frente a un liberalismo que experimentaba una crisis global. No es casual que la Revolución Juliana tuviera una vertiente terrateniente e incluso fascista, si consideramos el influjo de la Misión Militar Italiana. En otras palabras, no sería difícil demostrar cómo el conservadurismo ayudó a construir el consenso posliberal de la interguerra que luego se traspasó a la posguerra como desarrollismo.

Otros temas del conservadurismo que explora Hidalgo son su visión de la historia y su escatología. El autor muestra cómo en la primera mitad del siglo XX los conservadores, especialmente Jijón y Caamaño y Julio Tobar Donoso, afirmaron una identidad nacional que supuestamente se remontaba a los orígenes de la nacionalidad (pp. 111-118). Subrayaron la "unicidad" del Ecuador en el concierto de naciones e insistieron en que las instituciones nacionales debían levantarse sobre las bases históricas y no sobre abstracciones o ideologías importadas. El historicismo conservador legitimaba una sociedad inspirada en el catolicismo sin dejar de lado las raíces prehispánicas que formaban parte del mestizaje, que se valoraba positivamente. Incluso fueron pioneros del anti (norte) americanismo al plantear un conflicto secular entre la cultura anglosajona e hispánica y un modelo industrial proteccionista antes de que la izquierda afinara su propio antiimperialismo (pp. 124-127). La escatología fue otro componente medular del ethos conservador, según Hidalgo (p. 209). Pensadores conservadores como Julio Matovelle aguardaban el triunfo del reino de Cristo en la tierra y, en términos providencialistas,

veían a América e incluso al pequeño Ecuador como entidades destinadas a realizarlo (pp. 224-234). Hidalgo resalta la tradición del pacto Iglesia-Estado que se inició con las juntas autonomistas quiteñas (1809-1812) y continuó con García Moreno, la construcción de la Basílica del Voto Nacional (1883) y la exaltación de Cristo-Rey en la inter-guerra. No obstante, hace falta considerar los aspectos transnacionales y las especificidades de los conceptos de la teología política. La figura de Cristo-Rey tenía que ver con la Encíclica "Quadragesimo Anno" de Pío XI de los años 1930 que planteaba una reconstrucción corporativista del orden social desde las asociaciones católicas en lugar de vincularse al Concordato.

En fin, se trata de un libro de una enorme erudición y muy bien escrito, acaso demasiado erudito y elocuente. A veces Hidalgo tiene dificultad en canalizar su enorme caudal de conocimientos de manera analítica y en controlar sus propias metáforas que rivalizan con las de los pensadores conservadores. Asimismo, la originalidad de su texto se traduce en una falta de diálogo con la historiografía sobre el siglo XIX, por ejemplo, los referentes ineludibles de Roberto Di Stefano y Sol Serrano, así como con los planteamientos de la historia intelectual contemporánea.

Carlos Espinosa Fernández de Córdova  
*Flacso-Ecuador*